

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón  
Milán, 21 de marzo de 2018**

*Texto de referencia: L. Giussani, Por qué la Iglesia, pp. 254-267.*

- *A new creation*
- *Le stoppie aride*

*Gloria*

*Veni Sancte Spiritus*

¡Buenas noches a todos! Abordamos el segundo aspecto de lo divino que se comunica en la Iglesia. El primero, como hemos visto, tenía que ver con «la verdad, que la Iglesia nos comunica con una claridad y seguridad definitivas» (p. 254). Pero, ¿para qué serviría comunicar la verdad si no existiese la posibilidad de vivirla? Todo sería aún más complicado. No es suficiente saberla, por eso se necesita eso que vamos a abordar esta noche, que es el corazón del cristianismo: «Cómo se comunica una realidad divina». El papa Benedicto XVI lo expresa con mucha eficacia cuando dice que en el cristianismo los conceptos se han vuelto carne y sangre: «Cristo, que da carne y sangre a los conceptos: un realismo inaudito» (*Deus caritas est*, n. 12). La verdad se ha vuelto carne, la comunicación de lo divino se ha vuelto carne, experiencia. Por eso el corazón del cristianismo no es una enseñanza, no son «afirmaciones verbales», sino la comunicación de la realidad divina. No es solo una comunicación de verdades, dice Giussani, sino de la misma realidad divina, que de otro modo se quedaría como algo alejado de nosotros. Si nos limitásemos a «saberla», ¿qué podríamos hacer nosotros?

A veces no nos damos cuenta de que el corazón del cristianismo es esta comunicación de la realidad divina, que toca el ser del hombre y lo cambia, que no se queda como algo externo a él, sino que entra en las entrañas del yo haciendo que llegue a ser más él mismo: «Sigue siendo hombre, pero se convierte en algo más» (p. 255). Tratemos esta noche de descubrir este «amanecer de una humanidad diferente» (p. 259), para ayudarnos a mirar así la vida. ¿Dónde lo hemos visto? ¿Es verdad que sucede este amanecer o no? ¿Dónde lo hemos percibido? ¿Dónde hemos sorprendido este «más», esto divino que penetra en nuestros huesos, en los pliegues de la vida? Con frecuencia estamos muy preocupados por el primer aspecto –la comunicación de la verdad– y menos por el segundo –la comunicación de la realidad divina–, es decir, la comunicación de este «más» de humanidad generado por el cristianismo como vida. Si nos diésemos cuenta de ello, el problema fundamental sería que se llegase a ser nuestro. Giussani era bien consciente de ello, y por eso decía: «¡Cómo se ha dilapidado en nuestra conciencia la fuerza de este anuncio: que somos seres recreados, creados de nuevo! ¡Cómo se despilfarra la potencialidad de esta autoconciencia nueva», de lo que llevamos en nuestra carne, en nuestras entrañas, en todo lo que vemos y tocamos. He aquí por qué muchas veces creemos que si no decimos ciertas cosas, nuestra contribución es igual a cero, como si lo que somos no fuese suficiente, desde el

momento en que hemos «malgastado, usándolo de modo moralista, el concepto de ‘gracia santificante’» (p. 258) por el que el yo llega a ser algo más. El recorrido de las intervenciones de esta noche será una ayuda para reconocer en la experiencia los signos de la comunicación de la realidad divina.

*En las páginas 257 y 258 de Por qué la Iglesia Giussani dice: «El que vive el misterio de la comunidad eclesial recibe un cambio de su naturaleza».*

«¡Recibe, recibe!». No lo tiene que generar él, sino que lo recibe.

*«Y no estamos llamados a anunciar solamente con palabras esta regeneración; estamos invitados a vivir una experiencia».*

«No estamos llamados a anunciar solamente con palabras». Daos cuenta de que no tenemos que saltarnos ni una sola línea, pues si no terminaremos pensando que nuestra tarea es solo anunciar con palabras. Y en cambio, «somos invitados a vivir una experiencia».

*Y en la página 258 dice: «La novedad está llamada a despertarse en el cristiano y, aunque sea de manera crepuscular, a manifestarse como el alba de una nueva jornada. [...] Viendo los primeros fulgores de la mañana se daría cuenta enseguida de que lo que sucede ante sus ojos es algo diferente, ya no es oscuridad». Tras leer estas páginas y hablar con algunos amigos, he tenido la ocasión de volver a pensar en estas últimas semanas que he vivido. Han sucedido algunos hechos que han despertado nuevamente mi persona de modo fuerte y claro, y a la vez también muchas preguntas que no hacía más desde hace algún tiempo. Cuento tres hechos en particular. El primero. He terminado esta última convocatoria de exámenes con uno que he realizado con una amiga. El examen estaba dividido en dos partes, por la mañana con un asistente, y por la tarde con la profesora. En el examen había con nosotras otras diez chicas. Una de ellas era un poco especial, muy extraña. Se nos acercó y empezamos a repasar juntas las cosas del examen. Permanecemos juntas esa mañana y descubrí muchas cosas de ella. Todavía no ha terminado el trienio porque es incapaz de sentarse en la silla en los exámenes. Hicimos juntas el examen oral por la mañana y decidió estar conmigo todo el tiempo después del mismo. Por la tarde la misma escena: se pegó a mi amiga y a mí, mientras que el resto de las chicas eran un poco reacias a estar con ella, por la ansiedad que producía por la insistencia de sus preguntas. Durante el examen con la profesora entró en pánico y quiso abandonar, pero entonces yo pedí a la profesora poder responder yo primero a mi pregunta. Mientras respondía, ella se recobró y consiguió llevarse a casa una buena nota. Al salir del examen, a las seis de la tarde, me miró con los ojos llenos de asombro y me dijo: «¿Te has propuesto de verdad para responder antes a la pregunta en mi lugar?!». No sabía cómo darme las gracias. Le propuse que nos volviéramos a ver para hacer juntas el examen de Latín. Al término de ese día yo estaba contenta. Al contárselo a algunos amigos, reconocí una plenitud y una libertad de iniciativa que me habían conquistado totalmente.*

No hablasteis de cosas «religiosas». Parece que tú no hiciste nada, ¡y en cambio le has comunicado todo a esa chica!

*Segundo hecho. Algunos amigos y yo hemos pasado dos días en la playa. La primera noche estaba un poco dominada por un sentimiento de inquietud; estaba muy pensativa*

*y me medía mucho. Pero todo este sentimiento mío fue desapareciendo en menos de una hora. En la cena tuvimos una gran libertad unos con otros a la hora de contar algunas cosas y dificultades de este último periodo, al hacernos preguntas, movidos por un interés verdadero hacia lo que estábamos viviendo. Los días siguientes estuvieron marcados por esa libertad a la hora de que se mostrase cada uno con su propio carácter, sin escándalo alguno y sin fastidioso. Era bonito estar juntos, porque cada uno era querido allí exactamente como era. Tuve la percepción de que estamos juntos para poder llegar a sorprendernos de cada cosa, a sorprendernos de estar juntos en la realidad. Tercer hecho. El pasado fin de semana fui con algunas compañeras de universidad al extranjero a visitar a dos amigos del CLU. Fueron días muy intensos. Percibí de forma todavía más fuerte qué quiere decir que estamos inmersos en una compañía que hace posible un cambio radical de nuestra naturaleza, hasta el punto de permitirnos pasar unos días de amistad verdadera con personas que cotidianamente están a kilómetros y kilómetros de distancia. Recordando estos hechos, me impresiona como un elemento constante la libertad que he sorprendido en mí, signo de una mirada nueva, de una regeneración, vivida en la experiencia antes incluso de explicarla con palabras. Han sido ocasiones para reconquistar la gracia del encuentro que tuve hace años. Estoy llena de agradecimiento por lo que tengo a mi alrededor y que vivo. Esto ha sido lo primero que he descubierto. Después me han surgido preguntas: ¿de qué naturaleza es este cambio que de vez en cuando sorprende en mí, en mi posición con relación a mí misma y a las cosas? De hecho, veo que la nota dominante de las jornadas, de las relaciones que vivo, a veces no es esta verdad, esa sencillez, sino sobre todo un cansancio, como si existiese un equívoco a la hora de estar delante de las cosas o junto a mis amigos. Esto se concreta en mí en la imagen de estar en medio de la marea: cuando sube la ola me siento exaltada, en cambio cuando sucede algo inesperado o quizá no sucede nada, me aplano. En la última diaconía del CLU se usó la imagen de escuchar una canción en vivo o conformarse con una versión. Yo no diría que no me asombro de las cosas que suceden, sino que a veces este asombro se agota y ese entusiasmo vivido con las amigas en el viaje, la mirada sobre la chica extraña en el examen, son ocasiones especiales que se me escapan, que se me escurren entre las manos en cuanto vuelvo a la vida cotidiana. La relación con Aquel que me da todo se está volviendo más acuciante y exige un nombre verdadero: las formas a las que estaba acostumbrada ya no me satisfacen del todo. Necesito que mi corazón descanse y deseo preguntar cada vez más qué y Quién puede permitirlo. Me pregunto entonces cómo profundizar en la novedad de la que habla Giussani en el texto de la Escuela de comunidad, qué quiere decir desafiar todas las pequeñas cosas que suceden y que tú dices que son decisivas.*

Lo que acabas de contar es precioso como testimonio del método: primero se produce la sorpresa por lo que sucede; mientras una persona está dominada por la ansiedad, tú puedes acompañarla sin decir palabras, comunicándole una novedad con tu mera presencia, hasta el punto de que ya no se separa de ti. ¿Qué ha encontrado en ti? Y, nuevamente, está la sorpresa por una libertad vivida en todos los viajes que has realizado y por una forma distinta de estar juntos. El primer dato que hay que reconocer es esta sorpresa. El fruto del acontecimiento cristiano en nuestra vida es la experiencia

de una sorpresa. Tú no has hecho un entrenamiento particular para estar de un cierto modo en la playa, en el extranjero o frente a la amiga que has conocido en el examen. De hecho, has dicho que ha sorprendido en ti una libertad y una mirada nuevas. ¿De dónde nacen? Esto es lo que hace falta descubrir. Pero lo primero que hay que hacer es reconocer, constatar: quien vive la vida de la Iglesia no comunica solo unas palabras, sino algo de lo que hace experiencia y que sorprende dentro de sí con sorpresa. Pero después de haber vivido estas cosas, con frecuencia nos vamos separando poco a poco de esta conciencia, ¡hasta tal punto es un don! Entonces empiezas a sentir dentro de ti la urgencia de comprender hasta el fondo, de profundizar en la novedad de cuanto te ha sucedido, y de desenmascarar un modo equívoco de estar frente a las cosas o junto a los amigos cuando no te das cuenta de lo que está en el origen de esa novedad. Esto plantea una cuestión que debemos afrontar juntos esta noche. Una amiga me ha escrito: «Si la gracia hace de nosotros criaturas nuevas, nos recrea y cambia nuestra naturaleza, ¿por qué en la vida cotidiana uno se encuentra viviendo como ‘empantanado’ en las circunstancias?». Es una pregunta que planteaba también la intervención inicial.

*Participando en la vida comunitaria de la Iglesia a través de los gestos que me ha propuesto el movimiento, me he descubierto como un hombre nuevo, como dice el texto de Escuela de comunidad que estamos trabajando, una novedad que frente a la muerte de mi padre y las dificultades laborales y de relaciones me ha permitido mirar siempre a Jesús y me ha llevado muchas veces a decirle que sí, incluso en los momentos más duros.*

¿Entendéis? La diferencia aparece no solo frente a la puesta de sol o a ciertos momentos especialmente extáticos, sino incluso frente a los momentos duros.

*En un momento dado, sin embargo, en algunas situaciones de mi vida he intentado proseguir con mis piernas de hombre nuevo, sin considerar en la práctica que la novedad me ha sido dada y no la he creado yo. Te pregunto esto: ¿dónde termino yo y dónde empieza Él? Cuando soy un hombre nuevo, tengo el ánimo para hacer el bien, para elegir, para construir bien, pero me vuelvo a encontrar sumido en el error con rapidez, me veo pidiendo cuentas a la realidad por el bien que he hecho, aunque teóricamente sepa que no lo he hecho yo solo. Siento toda la desproporción de la pretensión que tengo. ¿Dónde está el punto de inflexión sinérgico entre Dios y yo, que me permite dejar de pretender y me hace ser su hijo hasta el fondo?*

Lo que has dicho al final es el principio de la respuesta. ¿Dónde empieza el cambio? ¿Cuándo empezamos a darnos cuenta de que esta novedad no entra ya dentro de la vida? Cada uno lo expresa de un cierto modo. La primera intervención de esta noche hablaba de «equívoco», tú hablas de «proseguir con tus propias piernas». Todo el problema radica ahí, porque, como tú dices, uno se olvida de que esta naturaleza nueva le ha sido dada. Y quien se separa del origen, de la fuente que se lo da, en un momento determinado verifica que solo no se sostiene en pie. Por eso intuyes que la clave es cómo ser cada vez más hijo para no separarte del origen. Y aquí aparece una cuestión de la que se habla en la Escuela de comunidad, que se puede aclarar a partir de lo que has dicho ahora. ¿Cuál es la causa de este equívoco que lleva a pensar en un momento dado que uno puede proseguir solo con sus propias piernas?

*Hay un punto de la Escuela de comunidad que me cuesta comprender: la diferencia entre una relación individualista y una personal. Intuyo la respuesta, pero solo a nivel teórico, no en la carne. Además, veo en mí un gran riesgo de que la relación con Jesús se vuelva intimista, se convierta en un refugio de la realidad en vez de ser un acicate para afrontarla. Quería pedirte si podías ponerme algún ejemplo concreto.*

La frase a la que te refieres es: «La vida cristiana no puede concebirse jamás como una relación individualista con Cristo; se trata en cambio de una relación profundamente personal con Él» (p. 263). ¿Alguien lo ha descubierto? ¿Dónde?

*Cuento lo que me ha sucedido después del Centro del CLU de la semana pasada. Llevaba un periodo en el que me costaba mucho todo, estaba llena de dudas sobre el cristianismo y, como consecuencia, también sobre el movimiento y sobre mis amigos. Sin embargo, esa mañana, escuchándote a ti y a los que intervenían, volvió a suceder de forma inesperada. Entre otras cosas, no estaba allí físicamente presente sino que os seguía a través de la conexión. Pero a medida que los chicos intervenían, sentía crecer dentro de mí el deseo de poder participar totalmente, sin reservas, en lo que estaba sucediendo y percibía una unidad rara en mí con los que estaban a mi alrededor. Digo una unidad rara porque yo siempre experimento un malestar de fondo con todos, un malestar que me hace sentir distante incluso de mis amigos; en cambio allí esta distancia se vio completamente barrida. Entonces me pregunté: «¿Qué hay aquí? ¿Qué está sucediendo esta mañana?». La noche de ese mismo día vinieron algunos amigos a estudiar al piso, algunos de los cuales hacía tiempo que no veía, y al principio tenía miedo de que estuviéramos un poco cohibidos. Sin embargo, todo lo que había sucedido por la mañana era tan predominante que tenía necesidad de buscarlo también allí con ellos, y entonces me sorprendí contándoles lo que había pasado en el Centro y hablando con un amigo mío con una libertad que no es mía, o bien estudiando con más intensidad. Esa unidad la deseo para mi vida. Además, debido a algunas dificultades que se han producido en el piso, esta exigencia, este deseo de unidad, se ha vuelto cada vez más urgente. He hablado de ello con un amigo, el cual, mientras me quejaba de todo lo que no iba bien, me preguntó: «Pero ¿qué estás viviendo tú?», como diciéndome: «¿Qué estás buscando en tus jornadas?». Me ha ofrecido una hipótesis distinta, porque yo ya había olvidado que solo cuando busco a Cristo pudo empezar a tratar todo de forma distinta. En este mes, a través de muchos hechos, ha vuelto con fuerza el deseo de que Él pueda empezar a impregnar toda mi vida. Leer estas páginas de la Escuela de comunidad me ha provocado mucho, porque ante todo me ha llevado a mirar nuevamente a mis amigos, a mis compañeras de piso y a mis profesores como rostros a través de los cuales puede pasar la presencia de Cristo. Y me ha permitido recordar que mi relación con Cristo no es individualista, sino que sucede precisamente en algunos rostros y algunos gestos precisos. Sin embargo, cuando leo que «la Iglesia es el lugar donde Cristo continúa estando indefectiblemente en el tiempo» (p. 261) y que «el sacramento es lo divino que se hace sensible por medio del signo con una presencia que desborda todos los límites de este», o que «el poder salvador de Cristo en el mundo, [...] su capacidad de cambiar el mundo [...] coincide con la comunidad*

*cristiana» (pp. 266-267), siento todavía una distancia con respecto a todo esto, como si una unidad así no fuese posible del todo.*

¿Cómo has descrito el individualismo? «Llevaba un periodo en el que me costaba mucho todo, estaba llena de dudas sobre el cristianismo y, como consecuencia, también sobre el movimiento y sobre mis amigos»: te concebías prácticamente separada. Después hiciste experiencia de algo distinto: al participar en el Centro del CLU, «escuchándote a ti y a los que intervenían, volvió a suceder de forma inesperada». ¿Qué es lo que sucedió? «A medida que los chicos intervenían, sentía crecer dentro de mí el deseo de poder participar», es decir, de vincularse a algo que estaba sucediendo en ellos, y «esta distancia se vio completamente barrida». Aquí vemos como se pasa del individualismo a la personalización de la relación con otro. Por eso te preguntabas: «¿Qué hay aquí? ¿Qué ha sucedido?». A veces es tan imperceptible este paso que no nos damos cuenta de él. Si tú no hubieses participado en ese gesto estarías todavía distante, separada, es decir, aislada; en cambio, al participar en un lugar en donde las cosas suceden de forma tan potente que te atraen, que te implican, que te arrastran hasta el punto de que te generan, empiezas a buscarlo a Él, surge en ti «un fuerte deseo de Él», es decir, de Aquel para el que estás hecha, y empiezas a percibir qué es la persona: no el individuo aislado, sino el yo como relación con Otro, con Él. Y entonces empiezas a mirar a tus amigos, a tus compañeros de apartamento y a los profesores como «rostros a través de los cuales puede pasar la presencia de Cristo». Puedes empezar así a separarte de una relación individualista y a hacer de ella algo personal, descubriendo que la relación con Cristo no es individualista y que la Iglesia es el lugar en donde Cristo sigue estando presente, hasta llegar a comprender que el sacramento es el gesto en el que lo divino se hace sensible a través de un signo. Después afrontaremos también el último punto sobre nuestra distancia con respecto a todo esto, pero ahora la cuestión es empezar a ver cómo el hecho de la Iglesia, el hecho de la comunidad cristiana, nos aparta del individualismo y nos atrae a un lugar en el que uno desea participar, que es lo que Jesús fue el primero en hacer: al atraer a los suyos a la relación con Él, empezó a hacer surgir la persona. Porque sin Él no existiría la persona, existiría solo el individuo aislado. Por tanto, para superar hasta el fondo el equívoco o el intento de proseguir solo sobre sus propias piernas, ¿qué hace falta? Hace falta comprender la naturaleza de las relaciones. ¿Cuál es la diferencia entre una relación individualista y una personal? Se trata justamente de «una actitud del individuo que o bien se pone frente a las cosas con la brevedad de su ‘yo’ aislado [como te ponías tú antes de participar en el Centro del CLU: un yo aislado], o bien se percibe como un sujeto de relaciones [implicado dentro de una relación] [...], porque su esencia [tu esencia como sujeto] consiste en su relación con el Infinito» (pp. 263-264), que es el verdadero concepto de persona.

*Las dos últimas semanas han sido un poco duras para mí, uno de esos clásicos periodos en los que tienes muchísimas cosas que hacer, obviamente todas a la vez, y no puedes parar, tratando siempre de correr detrás de las cosas. Salía pronto por la mañana y volvía tarde por la noche, entre trabajo, estudio, grupo de cantos, peticiones de última hora de cantar con el coro en distintas misas, reuniones en el colegio; en resumen, una buena «locura». Había empezado a entrar en un mecanicismo automático; sobre todo*

*me he dado cuenta – pero solo después– de que había perdido un poco el sentido de por qué merece la pena hacer todo, gastarse de este modo. Y me he dado cuenta porque al poco tiempo se han producido tres muertes que me han trastornado. Primera de ellas, una universitaria amiga de un amigo mío ha muerto en poco tiempo debido a un tumor; después una chica de otra facultad ha muerto a causa de un disparo de su novio (parece que por accidente); y por fin la muerte repentina mientras dormía del jugador de la Fiorentina (que me ha afectado mucho, también porque soy un apasionado del fútbol y un jugador importante es la persona más controlada clínicamente del universo). Frente a todo esto, no he podido evitar preguntarme: «Pero entonces, ¿por qué hago yo todas las cosas, si puedo no despertarme a la mañana siguiente o si dentro de dos minutos puede que ya no exista?». Me he dado cuenta de que últimamente me he acostumbrado un poco a hacer las cosas porque están mis amigos, y al estar con ellos creo que hago lo correcto. Me ha herido mucho darme cuenta de que ni siquiera ellos me bastan.*

¡Atención! Podemos estar implicados en muchas relaciones, pero cuando la vida aprieta no bastan. ¿Y entonces? ¿Qué te saca de ese aislamiento en la percepción que tienes de nosotros?

*Justamente porque me he dado cuenta de que ellos no me bastan, pero por nada en especial, me he dado cuenta de que necesito algo mucho más infinito; y yo, gracias al cielo, puedo decir que esto lo he encontrado en la vida, pero necesito volver a verlo. Entonces, en estos últimos días ha sido dramático, pero también liberador, vivir cada instante con la petición: «Señor, haz que yo pueda reconocerte cada vez más en lo que me concedes hacer, en los encuentros, en las situaciones». Y es precioso darse cuenta de que poco a poco vuelvo a empezar a ver cada vez más que hay muchísimos regalos en el día que el Señor me hace y que verdaderamente lo único que yo necesito realmente es darme cuenta de que Él está siempre y que me ama con un amor infinito.*

Lo que nos saca fuera del individualismo es este reconocimiento, que pasa a través de todo lo que el Misterio nos da: la realidad, los amigos, la comunidad cristiana. Sin esta relación, cuya esencia –como dice Giussani– es que es relación con el Infinito, no podríamos vencer la soledad, y por tanto tampoco el individualismo. Por eso empiezas a darte cuenta de verdad de aquello que es crucial, y entonces pides: «Señor, haz que yo pueda reconocerte cada vez más en lo que me concedes hacer, en los encuentros, en las situaciones», es decir, que en todo lo que hago yo pueda vivir en relación con el Infinito que sale a mi encuentro en el signo. Esta es la « mutación » que poco a poco tiene lugar en la vida.

*Me he visto especialmente provocada por la Escuela de comunidad de este periodo. Cito un pasaje: «En el hombre al que se acerca Cristo y que libremente desea y consiente la relación con Él –y, por consiguiente, con la Iglesia–, se produce una mutación de su naturaleza humana. Se trata de una ‘exaltación’ ontológica del yo» (p. 255). Al leerlo, me he preguntado enseguida: ¿en qué consiste esta «mutación»? ¿En qué se manifiesta? Al escuchar la palabra «mutación», es decir, cambio, salta enseguida en mí una medida. Pongo un ejemplo. Por carácter, soy una persona insegura e indecisa, pero en los últimos meses este aspecto mío salía poco a la luz,*

*hasta el punto de que pensaba: por fin estoy creciendo, mira cómo he cambiado, ¡soy más decidida! En cambio, en este último periodo me parece que estoy peor que antes. Mi novio y yo hemos decidido casarnos, y por ello surgen decisiones importantes que hemos de tomar, y sobre las cuestiones concretas yo cambio de opinión un millón de veces. Al leer la Escuela de comunidad pensaba: pero ¿dónde está este cambio si yo, en lugar de mejorar, empeoro? Después sucedió un hecho. Después de un día en el que había puesto de los nervios a mi novio –creo que con motivo– por mis continuos cambios de idea, al despedirse de mí me dijo: «¿Cuándo volvemos a vernos?». ¡Tenía ganas de volver a verme! Pero ¿cómo es posible? Para mí era algo inexplicable, yo misma no me soportaba. Al pensar de nuevo en la Escuela de comunidad, creo haber intuitido algo más: el cambio que Cristo ha traído a mi vida no es una mejora de mi persona, una mayor perfección o autosuficiencia; cuando pienso en el cambio de este modo, me encuentro mal y me ahogo porque pienso que está todo en mis manos. En cambio, el cambio que Cristo ha traído a mi vida es el hecho mismo de su presencia. Lo que me cambia es la conciencia de que yo soy querida así, una conciencia que muchas veces decae, pero que renace en los hechos y la experiencia que vivo. El reconocimiento de ser querida me cambia, porque me llena de asombro por el hecho de existir, por el hecho de que todo existe, haciendo que sea curiosa y que no me encierre en mis límites.*

En esto consiste el cambio. En cambio, si mido el cambio únicamente en términos de una mejoría que consigo hacer con mis manos, me ahogo, porque me muevo dentro del horizonte individualista. Todos pueden razonar así. El signo de que no es esta la novedad que Cristo introduce en la vida es que me ahogo. En cuanto nos separamos del horizonte, si hacemos la prueba se encienden todos los pilotos: nos ahogamos. Y, paradójicamente, esto nos permite comprender todavía más cuál es la novedad que ha introducido Cristo. ¿Cuál? Un cambio en la percepción de mí mismo, en mi autoconciencia: «es la conciencia de que soy querida», de que estoy en relación con Otro; cambia el concepto de persona. Pero esto no puede suceder si uno –como dice el texto que has leído– no consiente libremente la relación con Él. No sucede de forma mecánica: tú tienes que aceptar este reconocimiento. La relación que Jesús ha establecido contigo en el bautismo, es decir, el hecho de que tú eres suya, es el gesto potentísimo de Cristo que te dice: «Amiga, yo te quiero, y todo tu mal, todos tus problemas, tu carácter, tus cambios no pueden borrar lo que tú eres ni el gesto de preferencia que yo realizo con relación a ti a través del bautismo». Como has dicho, comprender esto cambia la percepción que tienes de ti misma: «Lo que me cambia es la conciencia de que soy querida». No es todavía el sol del mediodía, pero es la novedad de la manifestación del amanecer de un nuevo día. «La comparación que me gusta utilizar para explicarlo es justamente el amanecer»: ya no está todo oscuro como antes, pero empieza a manifestarse algo distinto que está todavía por desarrollar. No hemos alcanzado todavía la finalidad. ¡Nada más lejos de bloquear la búsqueda! Por el contrario, es precisamente esto lo que la pone en movimiento. Y aquí vemos qué es la Iglesia en medio de la sociedad: un lugar, la comunidad cristiana, que es «el amanecer de una humanidad diferente, de una comunidad humana distinta, nueva, más verdadera»



(p. 259). Pasar del amanecer al mediodía es un camino personal que cada uno de nosotros debe realizar.

*Leo en la página 256 de Por qué la Iglesia: «El hombre sigue siendo el mismo, pero ahora es distinto». El nuevo nacimiento del que habla Jesús a Nicodemo es el de la criatura nueva. Desde hace algún tiempo me sorprende cambiado: lo que antes me escandalizaba o me bloqueaba, mis ideas, se han hecho pedazos frente a la evidencia del Tú, frente a la presencia presente y contemporánea de Cristo.*

Esta es la novedad: todas tus ideas han sido como superadas por esta Presencia, por la evidencia de un Tú, por el que entramos dentro de un ámbito nuevo.

*Esto ha sucedido como un paso dentro de un trabajo. Estoy en el movimiento desde hace más de veinte años y con frecuencia he entendido la comunidad como una mortificación para mí, porque muchas veces no entendía las cosas y me ensañaba con la autoridad, con el responsable, con las indicaciones. La palabra «indicación» me parecía casi como una imposición, una regla, convencido de que con mis ideas las cosas se podrían hacer mejor. No es que yo no siguiese, pero es como si, al seguir el movimiento, solo aumentase el escepticismo, y esto porque al final de todo la tentación era no aceptar los defectos de los demás. El resultado eran las discusiones con los amigos del movimiento de siempre, y además un alejamiento y una cerrazón. De hecho, con el tiempo esta posición insostenible te agota. ¿Qué es lo que me ha hecho cambiar? Tocar fondo. Esto coincidió también con la muerte repentina de mi padre. La primera evidencia fue que empezaba a estar mal con los amigos de siempre. Algo absurdo, porque si hasta ahora habían sido los amigos más queridos, quería decir que había en mí algo que no andaba bien. Además ya no me interesaba la propuesta, empezaba a quejarme de todo y a dejar de buscar a la gente. Según iba adelante, peor me sentía y me ahogaba. No aceptaba los límites de los demás y por tanto tampoco el mío. Pero he aquí el giro radical: qué gracia tan grande haber leído aquella entrevista tuya, que en muchos ha producido escándalo y que ahora está fija en mi mesilla para que pueda leerla en todo momento, titulada «Los problemas no nos los crean los otros, los otros nos hacen conscientes de los problemas que tenemos» (Jot Down, 31 de enero de 2017). Ahí, en mi pequeñez, me he dado cuenta de que yo también soy como el Innominado de Manzoni: me he rendido, me he puesto de rodillas delante del Señor y le he ofrecido mi nada; y ha comenzado en mí un renacimiento, partiendo del primer capítulo de El sentido religioso: «Mucha observación y poco razonamiento llevan a la verdad» (p. 17). He vuelto a hacer con seriedad la Escuela de comunidad, y en cada ocasión he descubierto cosas que han sido verdaderos acontecimientos, hechos que testimonian la presencia de Cristo. Los amigos de siempre ahora lo son más que nunca. A través de ellos he descubierto que la autoridad es el factor que nos hace crecer, es lo que nos hace expresarnos más y no un impedimento. En pocas palabras, soy libre. Si ahora la comunidad hace algo que no entiendo, ya no me crea problemas, más aún, es una provocación para comprender mejor el camino que debemos hacer juntos. El acontecimiento que sucede es algo siempre nuevo, y por ello apasionante, no es algo que me limite por ser distinto de mí, sino que es la posibilidad de conocer más el Misterio que está entre nosotros. ¿Qué es lo que me ha cambiado? La fidelidad a la*

*compañía de Cristo. En la página 257 dice Giussani: «El que vive el misterio de la comunidad eclesial experimenta un cambio de su naturaleza. No se puede comprender cómo suceden estas cosas, cómo se verifica este cambio en la persona; pero si cualquiera de nosotros toma este fenómeno en consideración, si lo vive de verdad, si se compromete con él, entonces llegará a ser diferente de manera comprobable». Concluyo con una frase que dijiste en un encuentro con los responsables de cantos: «¿Qué podemos hacer por los demás para que puedan entusiasmarse con la experiencia cristiana? Se llama 'testimonio'. No existe otro método».*

¡Porque a través del testimonio se comunica lo que nos ha sucedido! Los conceptos se han vuelto carne. Porque es a través de una experiencia, que puede atravesar – como has tenido la sencillez de contarnos– todos los vaivenes de la vida, sin escandalizarte, como tú has comprendido. Dice Giussani: «No se puede comprender cómo suceden estas cosas, cómo se verifica este cambio en la persona; pero si cualquiera de nosotros toma este fenómeno en consideración [lo sigue], si lo vive de verdad, si se compromete con él, entonces llegará a ser diferente de manera comprobable» (p. 257) para sí mismo y para los demás. No es un recorrido individualista sino personal, un recorrido del que uno puede incluso alejarse llegando a tocar fondo, como el hijo pródigo, hasta llegar al escepticismo. Pero el renacimiento es distinto después de haber tocado fondo. El Misterio puede dejarte llegar hasta ahí, porque eres testarudo, pero es justamente ahí donde puedes ver la victoria con respecto a tu separación del origen, a tu caminar solo con tus piernas, al equívoco. Y entonces te conviertes en testigo y ya nada te asusta, aunque hayas tocado fondo. Has encontrado un fundamento para tu vida que es infinitamente más potente que cualquier otra cosa. ¿Cómo nos educa la Iglesia para que reconozcamos el método de Dios, de modo que no permanezcamos en el equívoco, que no intentemos caminar solo con nuestras piernas y no caigamos en la tentación del intimismo? En un documento de la Congregación para la Doctrina de la Fe publicado recientemente para explicar lo que el papa Francisco quiere decir cuando habla de gnosticismo y de pelagianismo, se lee: «Tanto la visión individualista como la meramente interior de la salvación contradicen también la economía sacramental a través de la cual Dios ha querido salvar a la persona humana» (*Placuit Deo* V, 13). Por eso los sacramentos son el instrumento a través del cual somos arrancados del individualismo y del intimismo. Gestos como el bautismo, la confesión o la confirmación muchas veces los percibimos como un poco arduos, hasta que uno tiene necesidad de ser perdonado, y entonces ir a confesarse empieza a ser una urgencia, o cuando necesita algo verdaderamente imprescindible para vivir y entonces va a comulgar como un mendigo. Empezamos así a darnos cuenta de que la Iglesia responde a la distancia que se crea continuamente entre nosotros y Él dándonos los sacramentos, para recobrarlos en las situaciones en las que vivimos. Todas las circunstancias se convierten para nosotros en una ocasión para descubrirlo.

*Quiero darte las gracias por no haber dejado de reclamarnos hasta el último momento a que hiciéramos un trabajo sobre las elecciones del pasado 4 de marzo. Debo decir que tu reclamo continuo se ha revelado como un bien para mí. Digo de partida que yo estoy entre los que no entienden mucho de política.*

¡El reclamo era justamente para ti! Justamente para aquellos que no entienden de política.

*Siempre he creído que la política no tiene nada que ver con la vida cotidiana, que los políticos solo miran por su interés, etc. Pero me sucedió un hecho: en este periodo mi hija, que había empezado hace poco la universidad en otra ciudad, volvió a casa muy desalentada, porque se había dado cuenta de que la elección de la carrera que había hecho no le correspondía. A partir de este asunto, poco a poco, es como si hubiera explotado una exigencia que tengo, una exigencia que tenía pero que siempre había tratado de gestionar, de mantener a raya. La exigencia de la que hablo es la de estar unida, la de vivir la vida como una persona unida, es decir, tener un modo único de mirarlo todo, tener un criterio que pueda valer para todo. ¿Cómo sostener la fatiga de mi hija? ¿Cómo poderla mirar? Así las cosas, compartí mi malestar con algunos amigos y uno de ellos me dijo: «Basta con que, cuando miras a tu hija, estés segura de que existe un bien para ella porque existe un bien para ti». Cuando hicimos la última conexión con la Escuela de comunidad me sentí llamada y me dije: «Pero si tengo esta exigencia de unidad de mi persona, ¿cómo puedo dejar de mirar incluso la cuestión política?».*

¿Veis como estamos en la raíz de las cosas? La relación con la hija es análoga a la relación con la política, pues si no es así no existe unidad en el yo.

*Pensé que si deseo vivir mi vida unida, ya no puedo excluir nada, y por tanto tampoco las elecciones. Volví a casa, y a la mañana siguiente me puse a leer en serio los documentos que nos habían propuesto. Lo que más me impresiona es que desde el momento en que he empezado a mirar las elecciones con la misma mirada con la que miro mi hija, se me ha abierto un mundo. Ha nacido una curiosidad, incluso por los programas políticos. Es decir, esta exigencia de unidad de mi persona me ha llevado más lejos que todos mis esfuerzos, hasta el punto de que frente al resultado de las elecciones me he dicho: ¿Ha vencido la queja, la desconfianza, o puede vencer todavía la esperanza?». «¿Pero acaso nosotros tenemos una esperanza?», me pregunta un amigo con un mensaje. Al responderle a él se me han aclarado algunas cosas. Primera: la importancia para mí del trabajo que nos has invitado a hacer, porque me ha permitido dejar de sofocar la necesidad que tengo en el corazón. Segunda: que yo tengo una esperanza, porque la he encontrado, se llama Jesucristo y me he encontrado con Él en el carisma del movimiento. Pero esto no es suficiente, porque muchas veces también prevalece en mí la queja, y esta esperanza que tengo en Cristo debe volver a suceder. Así, poco a poco, ha vuelto a mi mente el ejemplo del preso porque, aunque no hubiese conocido el movimiento, la exigencia de vivir unida quizá la habría tenido, porque es innata en el hombre, pero la habría mirado de forma distinta.*

Todo está relacionado, porque la posición de la persona es una: afecta a la relación con la hija y a la relación con la política, a la relación con todo. De este modo, al darte cuenta de cuál es el verdadero desafío, ha surgido de tus entrañas esta pregunta ante el resultado de las elecciones –habiendo visto tú que prevalecían la queja, la desconfianza, la rabia o el desconcierto–: ¿puede vencer todavía la esperanza? Como podéis ver, no es un problema de alineamiento, aquí ya estamos más allá: el problema es si existe todavía una esperanza que comunicar que pueda, además, ayudar a mirar bien cómo están las

cosas. Y esto nos permite comprender cuál es nuestra tarea. ¿Cuál es nuestra tarea en el mundo? Es una buena pregunta, que cada uno de nosotros debe mirar a la cara, también frente al resultado electoral.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 23 de mayo a las 21 horas. Continuaremos el trabajo sobre el texto de *Por qué la Iglesia*, desde la página 267 a la 279, hasta que se publique el texto de los Ejercicios de la Fraternidad. Completamos de este modo la parte sobre los sacramentos, retomando los puntos titulados «Con la libre participación del individuo», «Respuesta a una objeción» y «El sacramento como oración». Hagámoslo con seriedad, para introducirnos en una vivencia de los sacramentos lo más verdadera posible. La ayuda para comprender el significado de estos gestos, tan sencillos pero tan decisivos para captar el alcance de lo que vivimos, forma parte de la educación de la Iglesia, pues en caso contrario no llegamos al núcleo del Misterio. En la Escuela de comunidad de mayo retomaremos esta parte junto a la Introducción de los Ejercicios de la Fraternidad.

Ejercicios espirituales de la Fraternidad. Recuerdo que el gesto comienza con la cena del viernes. Para la llegada os ruego que tengáis en cuenta una hora de partida adecuada, teniendo presente que el tráfico por el puente del 1 de mayo hará más complicada la llegada a tiempo para la cena y la Introducción. El gesto de los Ejercicios está hecho también de silencio, de canto, de oración y de atención al otro. Por ello, dispongámonos, por lo menos por un fin de semana al año, a vivirlo en su totalidad, para que llegue a ser un incisivo en nuestra vida.

Encuentro del Papa con los jóvenes italianos. Los días 11 y 12 de agosto el Santo Padre se encontrará en Roma con los jóvenes italianos, como preparación del Sínodo de los obispos que tendrá lugar en octubre. El movimiento se adhiere a la invitación del Papa a través de distintas formas de participación. La primera, dirigida exclusivamente a los que acaban de terminar el colegio, a los que se acaban de graduar y a los que lo harán en breve, que se desarrollará a partir del miércoles 8 en Roma y alrededores, para concluir con la participación en la vigilia con el Papa en el Circo Máximo el sábado 11 y en la santa misa en la plaza de San Pedro el domingo 12. El resto de jóvenes – estudiantes de bachillerato, universitarios y jóvenes trabajadores de edades comprendidas entre los 16 y los 30 años– están invitados a la vigilia del sábado y a la santa misa del domingo. Otra forma participar en el encuentro con el Papa será la adhesión a las peregrinaciones propuestas por el obispo de cada diócesis.

La próxima semana, como todos sabéis, celebramos la Semana Santa. Ojalá nos encuentre a todos deseosos y dispuestos a estar presentes con toda nuestra vida, nuestras dificultades, nuestras preguntas, delante de lo que la Iglesia nos propone en la liturgia pascual, identificándonos con el misterio del amor de Cristo que nada puede detener, hasta la entrega total de su vida por nosotros, para poderlo ver resucitado y llenar así nuestra vida de esperanza.

¡Feliz Pascua a todos!

*Veni Sancte Spiritus*